

Mucho amor y dolor
para saber
canoso a mi león,
viejos sus pies.

Visión del Paraíso

Lámina tendida de oro.
y en el dorado aplanamiento
dos cuerpos como ovillos de oro.

Un cuerpo glorioso que oye
y un cuerpo glorioso que habla
en el prado en que no habla nada.

Un aliento que va al aliento
y una cara que tiembla de él,
en un prado en que nada tiembla.

Acordarse del triste tiempo
en que los dos tenían tiempo
y de él vivían afligidos.

En la hora de clavo de oro
en que el tiempo quedó al umbral
como los perros vagabundos.

Versos de niños:

El papagayo

A María Rosa Gili

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán
me ha dicho fea con su habla gangosa
y con su pico que hizo Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo
y feo el mundo y El que lo creó.

El papagayo verde y amarillo
el papagayo verde y tornasol
me dijo fea porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
y porque ya me canso de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol.

La pajita

A Juan Onís.

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

Acérquense a mirar como he perdido entera.
en este lagrimón mi fiesta verdadera.

Madre Granada

A Glorieta Calvo.

Contaré una historia en mayólica
rojo-púrpura y rojo encarnado;
en mayólica mía la historia
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,
requemada como un panecillo,
mas la consolaba su real corona
larga codicia del membrillo.

Su abundante casa la tiene partida
con delgadas lacas
en salas en que andan los hijos
vestidos de rojo escarlata.

Por pasión de rojeces les puso
la misma casulla encarnada.
Ni nombre les dió ni los ha contado
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta su puerta
la Congestionada;
abrió el puño ceñido
de sostener las mansiones, cansada.

Y se han ido los hijos
de la Empurpurada.
Amaneció como casa vacía
la Madre Granada.

Iban como las hormigas
estirando el rojo ovillo,
iguales, iguales, iguales,
río escarlata de monaguillos.

A la Catedral solemne llegaron,
se abrieron las puertas herradas:
subieron como langostines
los hijos de Madre Granada.

Un Cardenal rojo decía el oficio,
con la espalda vuelta como un armadillo,
a una vez se inclinaba contrito
el millón de los monaguillos.

Los miraban los treinta vitrales
desde lo alto con viva mirada,
como treinta faisanes de roja
pechuga asombrada.

En la Catedral eran tantas las naves
como cámaras en la Granada,
y los monaguillos iban y venían
en olas y olas encontradas.

Las campanas se echaron a vuelo,
despertaron todo el vallecillo,
sonaban en rojo y granate
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de las campanas
saliendo fueron en desbandada.
En marejada pasaron la puerta
los del millón de Madre Granada.

La ciudad se levanta tarde;
la ciudad no ha sabido nada.

Van los hijos dejando las calles,
entran al campo a risotadas.

Llegan a su tronco, suben en silencio,
entran al estuche de Madre Granada
tan callados que ella ni se mueve;
todos entran como agua callada.

Madre Granada despertose llena
con su millón rojo y sencillo.
Se balanceó para hallarse segura,
pulseó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando
de incredulidad, la Madre Granada,
estallaron en risa sus hijos
y ella se partió de la carcajada.

La Granada partida en el huerto
era toda una fiesta encarnada.
La cortamos guardando sus fueros
a la Coronada.

Se sentó sobre el plato más blanco
lo asustó con rojez insensata.
Me ha contado su historia que pongo
en rojo-escarlata.

1929.

La manca

Que mi dedito lo cogió una almeja
y que la almeja se cayó en la arena
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
—«Novedad de tierra sacamos del mar
novedad de un dedito de niña!
La que esté manca lo venga a buscar!»

Que me den un barco para ir a traerlo
y para el barco me den capitán
para el capitán que me den soldada
y que él por soldada pide la ciudad,
Marsella con plazas y trenes y calles,
de todo el mundo la mejor ciudad
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar
y a que balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar.

Estampas...

(Viene de la página 152)

Explotado por dos fuerzas igualmente feroces: la del nativo poderoso y la del Imperio Británico. ¿Quién sabe si ofrezca el mundo un ejemplo tan conmovedor como este de la miseria y de la explotación en la India! El escritor inglés H. N. Brailsford, acaba de visitar gran parte de esa nación y cuenta cómo es de penosa la existencia allí. Nos estremecemos leyendo esa narración y sentimos que una conmoción social como la de Rusia debe alborear para la India. ¿Será Gandhi el precursor de ella? Esperemos, porque él vive en medio del tormento de su pueblo. Terrible y desesperado tormento que clama su fin estruendoso. El campesino indio encuentra por todos lados un aro de hierro que se estrecha y le exprime la vida. El latifundista es la esponja que chupa los rendimientos de la tierra. Quienes la cultivan, la alquilan a alto precio y para pagar el tributo dan la cosecha. ¿Y cuántos esfuerzos y sacrificios ha costado el trigo que el terrateniente poderoso recibe

en sus graneros! Para hacer producir la tierra tuvo el campesino que regarla sacando de pozos profundos el agua por medio de bueyes. Después la espiga se recogió una a una y así se desgranó. Al final ve el campesino irse todo el producto a las arcas del señor feudal. La máxima corriente es que el grano vale más cuando un *bania* (prestamista indio) dá que cuando recibe. Y si el que aventura su actividad en el cultivo de la tierra nada gana, el que trabaja, el peón no está en mejores condiciones. ¿Cuatro y diez centavos oro por una jornada de diez horas sin obtener siquiera los minutos para tragarse el mendrugo! Las deudas, ¿cómo son de atroces las deudas para el campesino indio! El niño nace y ya le espera una cadena de deudas que lo azota y lo deja en el sepulcro, anciano o joven, pero esclavo del prestamista. ¿Por qué es tan duro el prestamista indio? Brailsford comprobó que el tipo corriente de interés es el treinta y siete y medio por ciento.